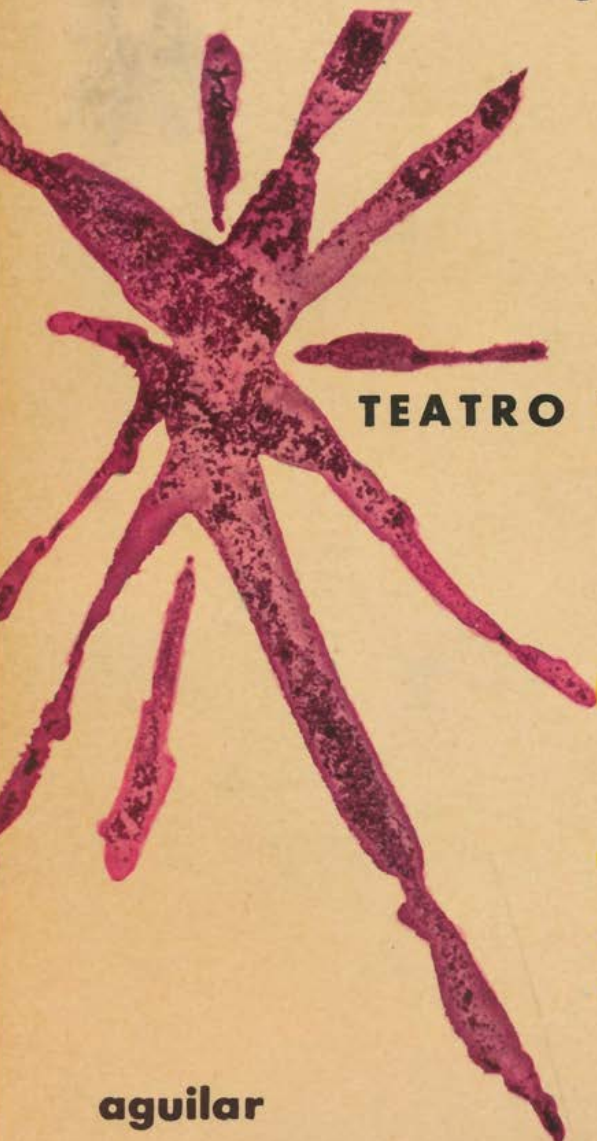




teatro contemporáneo

TEATRO PORTUGUES

RAUL BRANDAO · El loco y la muerte.

JOSE REGIO · Jacob y el ángel.

ALFREDO CORTEZ · "Rouge!"

BERNARDO SANTA-RENO · La promesa.

LUIZ FRANCISCO REBELLO · Es urgente el amor.

COSTA FERREIRA · Un hombre solo.

aguilar

TEATRO PORTUGUES CONTEMPORANEO

Raúl Brandão

EL LOCO Y LA MUERTE

José Régio

JACOB Y EL ANGEL

Alfredo Cortez

«ROUGE»

Bernardo Santareno

LA PROMESA

Luiz Francisco Rebello

ES URGENTE EL AMOR

Costa Ferreira

UN HOMBRE SOLO

Selección y prólogo de
LUIZ FRANCISCO REBELLO

Traducción del portugués por
VÍCTOR AÚZ CASTRO



AGUILAR - MADRID

NÚM. REGISTRO.: 5471-60.
DEPÓSITO LEGAL. M. 11 881.—1961.

© AGUILAR, S. A. DE EDICIONES, 1961.
Reservados todos los derechos.

Printed in Spain. Impreso en España por Pueyo, Luna, 27, Madrid

BERNARDO SANTARENO

LA PROMESA ⁽¹⁾

DRAMA EN TRES ACTOS Y TRES CUADROS

(1) Esta obra fué estrenada por la Compañía del Teatro Experimental de Oporto, en la temporada 1957-58, bajo la dirección de Antonio Pedro.

PERSONAJES

MARÍA DEL MAR, veintitrés años.

JOSÉ, veintiséis años.

BRASA, veinticinco años.

JESÚS, quince años.

SALVADOR, setenta y dos años.

ROSA, cincuenta y cinco años.

VIEJAS, 1.^a, 2.^a y 3.^a, entre sesenta
y sesenta y cinco años.

PADRE, sesenta y ocho años.

HOMBRES.

MUJERES.

SARGENTO.

Guardias, gente del pueblo.



BERNARDO SANTARENO

ACTO PRIMERO

Cocina en casa de SALVADOR. Amplio hogar practicable. Ambiente que rezuma los usos y tradiciones de los pescadores portugueses: no sólo los de una cierta región (Nazaré o Póvoa do Varzim, por ejemplo), sino los de la costa en general. Es de madrugada. Se oye, allá fuera, un mar bravísimo y un viento duro.

Al alzarse el telón, SALVADOR, solo en la escena, en cuclillas sobre el hogar, anima el fuego con un nuevo leño, soplando. Semioscuridad en el resto de la habitación.

ESCENA PRIMERA

MARÍA DEL MAR.—(*Entra desde el cuarto donde duerme con JOSÉ, todavía sin arreglarse, el pelo largo caído por los hombros. Trae en la mano un candil encendido, a la altura de la cara. Viene descalza, con una falda negra y blusa roja.*) ¡Buenos días, padre!

SALVADOR.—(*Llenando la pipa; viste una camisa de gruesa lana negra.*) ¡Buenos días, hija!

MARÍA DEL MAR.—(*Va a colgar el candil en un clavo, colocado a tal fin en la columna del hogar.*) ¡Maldito tiempo!... (*Agresiva.*) ¿Durmió usted ahí?

SALVADOR.—Me levanté cuando aún no eran las cuatro. No podía con el frío...

MARÍA DEL MAR.—(*Peinándose.*) Lo peor es la leña... ¡Qué friolero es usted, padre! Hasta en la cama tiene frío...

SALVADOR.—(*Atendiendo el fuego.*) Soy viejo, muchacha...

MARÍA DEL MAR.—(*Bromea.*) No es la edad, padre: eso... es de la sangre.

SALVADOR.—Estoy viejo... y solo.

MARÍA DEL MAR.—(*Se detiene de repente, tirando el peine encima de una mesa.*) ¡Más vale estar solo que mal acompañado!

SALVADOR.—(*La mira fijamente.*) ¡Explicate, María del Mar!...

MARÍA DEL MAR.—(*Brusca, atándose la falda por la cintura.*) ¡Vaya!... ¡Qué tiempo más malo!...

SALVADOR.—¿Quieres tú decir con eso que mi Rosario..., ¡que Dios tenga en su gloria!..., no era buena compañera?...

MARÍA DEL MAR.—(*Tarareando.*) Ay, la-ri-lo-le... ¿No se encuentra usted bien, padre? ¡Ve mal sentido en todo cuanto digo!...

SALVADOR.—¿Cómo has cambiado, María del Mar! (*Pausa.*) ¡Y cómo me tratas!... Tienes razón: yo, ahora, no paso de ser un peso muerto...

MARÍA DEL MAR.—(*Preparando café.*) Usted está en su casa, padre... (*Con arrogancia.*) En su casa, con su hijo José y su hijo Jesús. Aquí la forastera soy yo... (*Se golpea el pecho con ambas manos.*) ¡Yo, yo soy la extraña! No tenga miedo, padre: está en su casa, con su gente... ¡No, no le pesa a nadie!

SALVADOR.—¡Pero el pan que yo como es tuyo! Yo ya no tengo brazos... ni piernas... (*Muestra un par de muletas.*) ¡Ay, María del Mar, esto es muy triste!...

MARÍA DEL MAR.—(*Siempre trabajando.*) El pan que usted come es de su hijo José; él es quien lo gana...

SALVADOR.—Tuyo o suyo, ¿no es lo mismo? ¿No es él tu hombre?

MARÍA DEL MAR.—(*Dando un golpe con la cafetera, nerviosa.*) ¿Mi hombre? (*Se ríe frenéticamente.*) ¡Permítame que me ría! (*Canta.*) Ay, la-ri-lo-le. ¡Mi hombre!

SALVADOR.—(*Con extrañeza.*) ¿Estás loca, muchacha? ¿Qué diablos te pasa?

MARÍA DEL MAR.—(*Angustiada, casi llorando.*) ¡Maldito tiempo! (*Abre la ventana: claridad del exterior; mar y viento más audibles.*) ¡Ah, mar! ¡Ah, hijo de perra! ¡Que el demonio te lleve, malvado! (*Cierra violentamente la ventana.*) ¡Y ya hace cinco días que esto dura!... (*Impetuosamente, volviéndose hacia él.*) Estoy harta del mar, ¿entiende? ¡Estoy hasta aquí! (*Señala la cabeza.*) Mar, mar, mar... ¡El mundo no es sólo el mar, padre!

SALVADOR.—Para nosotros lo es, María del Mar. ¡Pero si tú, muchacha, hasta en el nombre le perteneces!

MARÍA DEL MAR.—Es verdad, padre. ¡Dios me marcó! Desde que nació... ¡Marcada, padre, marcada! (*Transición rápida.*) Pero ¿es que su hijo no se levanta hoy? (*A la puerta del cuarto, irritada.*) ¡José!... ¡Eh, José!... ¡Ya está bien! ¡Levántate, hombre!

SALVADOR.—Déjalo, mujer, déjalo dormir. El aún no puede ir hoy a la mar. Tal vez mañana... Tal vez el tiempo cambie hoy, durante el día...

MARÍA DEL MAR.—¡Vamos, vamos, padre! ¿Cree usted que José siente no poder hacerse a la mar? ¡Maldito lo que le importa el mar!

SALVADOR.—¿No le importa? ¿Qué es entonces lo que le importa a un pescador, María del Mar? Tienes cada cosa...

MARÍA DEL MAR.—(*Ruin.*) Y a usted le gusta mucho el mar, ¿verdad? ¡No cabe duda que tiene buenas razones para eso! Mire lo que hizo él de sus piernas... ¡El mar, el mar!...

SALVADOR.—(*Tras una pausa, triste.*) Tú, antes, eras buena y alegre. Ahora, andas siempre triste... y ya no eres tan buena. ¿Qué te pasa, hija mía?

MARÍA DEL MAR.—¿Triste, yo? ¡Qué va! ¿Conoce alguien en toda la costa más alegre que María del Mar?

¿Quién hay capaz de reír como yo? ¿Quién, padre? (*Carcajadas estridentes, nerviosas.*) ¡Imagínate: yo, triste! ¿Qué razones, sí, qué motivos tendría yo para estar triste, padre? Como y bebo, tengo salud, duermo bien... ¡Ni que yo fuese desagradecida a Dios! (*Transición: inquieta, burlona.*) ¿Se olvida usted de que su hijo es ahora el sacristán de la parroquia? (*Mira el reloj de pared.*) Son las seis..., están a punto de tocar para la misa. (*Llamando.*) ¡José! ¡Levántate, José! ¡La misa! (*A SALVADOR.*) Mire, padre, esto es lo que a él le gusta: la iglesia, los cirios, el ropón encarnado y las letanías..., esto es lo que su hijo prefiere. ¡Qué le importa el mar! ¡El mar, el mar, bah! (*Transición.*) Yo, por mi parte, le tengo rabia... ¡Maldito mar! Por su culpa yo... (*La voz se le quiebra en llanto.*)

SALVADOR.—¡Cállate, mujer, no sea que Dios te castigue!

MARÍA DEL MAR.—(*Furiosa.*) ¿Quiere mayor castigo? ¿Todavía mayor, padre? (*Golpeándose la cara con ambas manos.*) ¿Hay alguna mujer más desgraciada que yo? María del Mar... ¡María del Diablo, María del Diablo es lo que yo soy! (*Transición.*) ¡Y a ver si acaba de fumar, padre; dentro de un momento nadie va a poder respirar en esta casa! (*Tose. Empuja la mesa y las sillas hacia el centro de la habitación.*) ¿Para qué? ¿Para qué me voy a agotar poniendo en orden esta casa? Viene usted y extiende tabaco y ceniza por todas partes; Jesús, el pobre, tropieza aquí, tropieza allá... y pone cada cosa por su lado; en cuanto a José, ¡ya puede llegarle la porquería hasta la nariz, que él no se entera!... ¡Hombres, hombres, hombres! En esta casa sólo hay hombres... (*Está barriendo el suelo; se detiene de repente; después, con aire burlón.*) ¡Hombres! ¡Ay, qué ricos! (*Tararea.*) Ay, la-ri-ló-le...

SALVADOR.—¡Ay, María del Mar! ¡Mira que yo, muchas veces, hasta pienso que me odias, muchacha!

MARÍA DEL MAR.—(*Crispada.*) ¿Y por qué? ¿Por qué razón había yo de odiarle?

SALVADOR.—Que yo sepa, nunca te hice nada malo...

MARÍA DEL MAR.—(*Grita.*) ¡Sí!

SALVADOR.—¿Yo? (*Pausa. Triste.*) ¡Ah, ya sé!... Es por la promesa, ¿no?

MARÍA DEL MAR.—(*Arrepentida.*) ¡Tonterías! Me hace usted decir cosas que no siento, padre. ¿Qué culpa tiene usted de eso, de esa promesa?... (*Se oye, más fuerte, el viento.*) ¡Ah, qué maldito tiempo!...

SALVADOR.—(*Tras una pausa.*) Vete a hablar con el cura, María del Mar. Promesas así no deben hacerse. Pero si, en un momento de desesperación, un mortal las hace..., debe cambiarlas. ¡Vete a ver al señor prior, María del Mar! Haz lo que te digo, muchacha... Verás cómo, después, todo cambiará en esta casa. ¡Vosotros no sois santos!...

MARÍA DEL MAR.—(*Con desdén y rabia.*) El. El sí. ¡Su hijo quiere ser santo!

ESCENA SEGUNDA

JOSÉ.—(*Que oye la última frase de MARÍA DEL MAR. Viene descalzo y viste una camisa blanca de lana.*) ¡Buenos días, padre!

SALVADOR.—¡Buenos días!

JOSÉ.—(*Mirando el reloj.*) Es ya la hora...

MARÍA DEL MAR.—¿Tomas el café?

JOSÉ.—Después de la misa. Hoy quiero comulgar.

MARÍA DEL MAR.—(*Irónica, a SALVADOR.*) ¿Lo está viendo?

VIEJA 3.^a—¡Que te ciegue la sal marina, asesina!

VIEJA 1.^a—Hoy...

VIEJA 2.^a—Esta misma noche...

VIEJA 3.^a—Cuando suene la medianoche...

VIEJA 1.^a—(*Señalando la puerta.*) Allí, dejaré un sapo grande...

VIEJA 2.^a—Grande, con hierbas dañinas...

VIEJA 3.^a—¡Bien lleno el vientre abierto!

VIEJA 1.^a—Tres veces he de agujerear...

VIEJA 2.^a—Los ojos de un gato negro...

VIEJA 3.^a—¡Negro y vivo!

VIEJA 1.^a—Con la sangre menstrual...

VIEJA 2.^a—Por primera vez salida...

VIEJA 3.^a—De un útero virginal...

VIEJA 1.^a—Haremos en aquella puerta...

VIEJAS 2.^a y 3.^a—(*Santiguándose, lentamente.*) La señal de la cruz. (*Telón.*)

FIN DE

«LA PROMESA»